

POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.

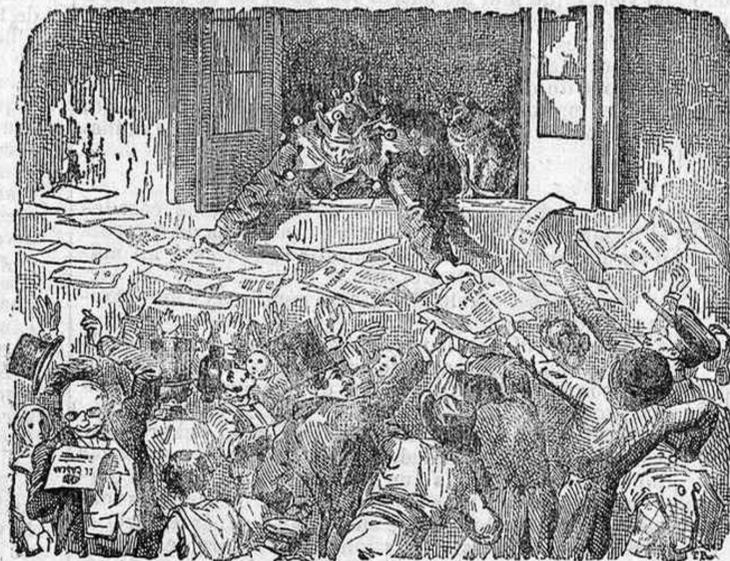
CINCO NÚMEROS CADA MES.

REGREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Quadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Cañes 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Cañes, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que sea nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

LA EMPLEOMANÍA.

Nótase en todo el cuerpo. Llamado porantifrasis político, una erupcion cutánea que, segun opinion facultativa, afecta sintomática y palpablemente todos los caracteres de la sarna; sarna que resiste á todo tratamiento con rebeldia semi-crónica; sarna contagiosa, trascendental como el cólera-morbo asiático; y sarna de cáustica influencia que, cuanto más se rasca, tanto más pica y corroe...

Es la empleomanía, ese grosero vicio, que es la única virtud de casi todos los políticos.

¿Quién no conoce á los empleomanos?

¿Veis ese estudiante de ambos derechos, ó lo que es lo mismo, de veterinaria, pálido, enjuto, amojamado de tanto estudiar sobre lo tuyo y lo mio?

Es un empleomano.

¿Veis ese otro estudiante que no estudia derecho ninguno, porque se tuerce en su carrera á la derecha y á la izquierda?

Es un empleomano.

¿Veis ese dandy vestido á la *derniere* con tanto reló de oro, tanta cadena?

Es un empleomano.

¿Veis ese *sansculottes*, que no es demócrata, ni moderado, ni progresista, ni neo, y es neo, progresista, moderado y demócrata?

Es un empleomano.

¿Veis ese niño mamanton que quiere ya comer á dos carrillos, y no á cuatro, porque no los tiene?

Es un empleomano.

¿Veis ese anciano, austero como un santo acabado en *on*, que es por cierto un respetable acabamiento?

Es un empleomano....

La empleomanía es, pues, no ya la sarna, más la lepra, el San Lázaro de todos los partidos; el San Lázaro, sí, con perdon sea dicho de los devotos y devotas,

Todos quieren ser empleados en la Union liberal, como en todos los Gobiernos que se usan.

Toda la fuerza de estos Gobiernos está en relacion directa con los empleos que tienen para repartir.

Pero la Union tiene la desgracia de que, á medida que se le acaban los empleos, se le van acabando los amigos,

Como que para cada empleo hay cuatro amigos de la Union, y ocho más amigos del empleo que de la Union.

Decíamos que la empleomanía es la lepra de todos los partidos ó partidas que gobiernan, como que con ella apenas tienen tiempo los respetables ministros para rascarse la cabeza. Pero de todos los partidos ó partidas, ninguna tan plagada como la *Union Pan-liberal*.

¿Por qué?

Dicho se está ya; porque esa *Dulce Alianza* es, como dijo muy bien uno de sus actuales ministros, un *Pan (liberalismo)*.

Así es que los políticos que no lo tienen en su casa, ni lo encuentran en los demás partidos, como quiera que ninguno de estos se llama *pan-demócrata*, ni *pan-progresista*, ni *pan-moderado*, ni *pan-católico*, acuden á la Union, que es el único partido llamado, y con razon, *Pan-liberal*.

Y á no ser por la erupcion susodicha, no estaria enferma la *Union*, tampoco estaria sana, porque tiene una aneurisma en el mismo corazon; pero quiere decir que no tendria tambien aquel picorcillo, ni por consiguiente necesidad de rascarse.

Y en Dios y en mi ánima, ó sea en mi *CASCABEL*, es una lástima que la *Union Pan-liberal* no tenga el *liberalismo* suficiente para darnos á todos, segun sus liberales promesas, ó más claro, que no tenga la salud que yo para mí deseo.

Por lo que hace á la erupcion susodicha, EL *CASCABEL* tiene en el bolsillo una receta de virtud eficazísima para curarla de raiz, á cuya benéfica aplicacion debe él estar sano y salvo, en buena hora se diga, de comezon semejante.

Más de una vez ha exhibido tan prodigiosa receta, pues no es egoista EL *CASCABEL*, que quiere salud tambien para su prójimo, como buen cristiano y buen prójimo que es; pero su medicina es costosa, y en la imposibilidad de apropiársela, el cuerpo político sigue rascándose á dos manos,

Por lo demás, nuestra medicina es dulcísima, como que es el amor.... pero el amor al trabajo.

Daremos, sin embargo, un buen consejo al Gobierno de la Union, que para algo somos lo que *semos*. ¿No somos ministeriales? Ergo....

Así como el Gobierno Brabo-Narvaez (que esté en gloria) hizo dos de una direccion para ejercer la *beneficencia* con sus menesterosos, con aplauso póstumo de la *Union liberal*, la *liberal Union* debe, á nuestro humilde parecer, partir por la misma mitad el ministerio de Gracia y Justicia, de modo que formen dos ministerios distintos, pero iguales, como perla y perla, que son dos perlas.

El uno sería *Ministerio de Justicia huérfana*, es decir, sola, aislada, que exclusivamente entendiera de leyes; y el otro, *Ministerio de Gracia sin Justicia*, exclusivamente *pan-liberal*.

Este *Ministerio de Gracia sin Justicia* debería subdividirse á su vez en tantas direcciones como fueran necesarias para satisfacer las necesidades de.... la patria, segun las exigencias.... del servicio.

Desde luego convendria, en nuestro sentir,

crear tres direcciones con sus oportunos negociados ó mesas, de este modo:

1.ª Direccion de lectura de periódicos con mesas de.... café.

2.ª Direccion de tresillo con mesas de.... billar.

3.ª Direccion enciclopédica con todos sus principios (y postres) en mesa... redonda.

Creemos que esta receta no es ya tan inaceptable como la otra, y esperamos que, atendidos sus ventajosos resultados en bien del Estado (Unido), no ya solo el Gobierno, sino todo el partido pan-liberal, nos ha de dar las más expresivas....

No hay por qué darlas, que á fuer de ministerial, EL *CASCABEL* debe este y muchos consejos más á una Union que tal y tanto promete.

ESCENAS CONYUGALES.

LA TEMPESTAD.

I.

—¿Cuánto has tardado, Manuel!—dice la esposa. El marido, que viene de fuera con mal humor, no responde.

—Ya estaba con cuidado,—continúa la esposa,—lo mismo que anoche, que ya era cuando viniste del café cerca de la una.

—Nada,—contesta el marido,—aun tendré que darte cuenta del tiempo que paso fuera de casa. ¡Vaya! ¡A ese extremo podíamos llegar!

—Pero hombre, si yo no te digo....

—Pues yo te digo que no me preguntes más, porque no he de contestar.

—¡Jesús! ¡hombre! Hoy estás de un humor.... ¿Qué mala yerba has pisado fuera de casa?...

—Mira, Luisa, haz favor de callarte, y no me pongas más desesperado de lo que estoy....

—Bueno, callaré.

Se va la esposa, y el marido se queda solo, manifestando en su semblante y en sus movimientos bruscos y repentinos su descontento.

II.

A poco vuelve á entrar la esposa.

—Manuel, dame dinero, que tiene que ir ahora la muchacha á pagar el colegio de la niña y unas pequeñas que he comprado para la niña y para mí.

—Pero señor,—contesta el marido, todo furioso,—¿a ti no te bastan los tesoros de Cresol! Mujer, ¿me dirás en qué gastas tanto dinero como me estás pidiendo á cada momento! Por la mañana, por la tarde, por la noche, dame dinero. Y aquí yo solo soy para ganar y todos para gastar. Y eso que yo soy el que menos gasto; y si no, con un traje paso el invierno y con otro el verano; pero á ti todo te parece poco.... no sé lo que haces del dinero.... seguramente no sabes lo que cuesta el adquirirlo y los malos ratos que pasa uno....

—¡Por Dios, hombre, no levantes tanto la voz, que se está enterando toda la vecindad!

Y el marido continúa gritando cada vez más:

—Y luego, pierde uno un negocio de ocho ó diez mil reales, y el Gobierno sube la contribucion, y el casero aumenta el alquiler de la casa, y además aguante V. á la mujer, que viene á sacrificarle y dejarle en la calle siendo una derrochadora y gastadora....

—Manuel, por María Santísima....

—¡Una derrochadora, que gasta como cuatro y no

puede gastar más que como dos! ¡Y esta mujer, que cuando quiere se va de casa y no sabe volver, es la que me pide cuenta del tiempo que paso fuera trabajando y afanándome para recoger por un lado lo que ella malgasta por otro!

—Hombre, lo que es eso, lo ménos hace un mes que no he salido más que á misa....

—No sales, no sales, y cuando quieres te marchas y dejas la casa abandonada, olvidando tus obligaciones, y tu marido, y tu hija, y entretanto vengo yo, como el otro día, y no encuentro en casa ni quien me saque ropa para vestir.

—Había ido á dar el pésame á Rosa por la muerte de su marido.

—En fin, así no podemos vivir, vamos muy de prisa, y si caemos tú tendrás la culpa. Hay que poner remedio, y si es preciso que yo le ponga, le pondré; por de pronto empezará por tí, que eres la peor.

—Pero si no te pido más que lo más necesario.... por no quedar en descubierto.

—Que nó, nó, nó, y mil veces nó. Ya te he dicho lo bastante, y cuidado, Luisa, no mehagas incomodarme más.

III.

La esposa prudente y sufrida se retira con sumision á esperar que pase aquella nube, que acaso es demasiado frecuente en su cielo matrimonial.

Allí en su soledad se aflige por la desconocida causa que tan fatalmente ha influido en el genio de su marido y por las últimas palabras que de él acaba de oír.

Otra nueva aflicción.
La criada entra.

—Señora, ¡voy á pagar lo que V. me ha dicho?

—Nó, mejor será que vaya V. mañana, ó iré yo, que de todos modos he de salir; además, hoy parece que va á llover, y quiero que traiga V. cuanto ántes la niña del colegio.

Estos papeles son muy comunes en las esposas: ellas son las que concilian y disculpan á todos; pero el más frecuente es el de ocultar á todo el mundo los lunares de su marido.

Sin embargo, Dios recompensa lo que sufren por el amor de esposas con lo que gozan por el amor de madres.

Entra una preciosa niña, que es el corazón, la vida y el olvido de todos los sufrimientos de su madre.

—Mamá, buenas tardes. ¿Qué tienes? ¿Estás triste?

—Nó, hija mía, ya sabes que contigo nunca lo estoy.

—Sí, porque me engañas muchas veces.

—¿Y tú, en qué lo conoces?

—¡Como estás sentada con la cabeza baja y sin hacer nada, y nunca te veo así!

—¡Hija de mi corazón! ¿Qué talento tienes!

—¿Ha venido papá?

—Sí, hija mía.

—Voy á decirle que estás mala.

—Nó. Emilia, no le digas eso, que mentirás.

—¿Pues qué le digo?

—Mira, pídele perdón de mi parte, y dile que no he querido disgustarle, y que te permita abrazarle.

La niña se dirige á la habitación de su papá, lo halla pensativo y con aspecto severo; y luego, arrodillándose á sus pies:

—Buenas tardes, papá. Ha dicho mamá que la perdones y que no ha querido ofenderte. Ahora dame un abrazo.

El hombre más altanero y frio no deja de ceder á la demostracion tan tierna de una esposa por boca de un niño, cuanto más siendo su hijo.

El padre acaba por abrazar á su hija y decir:

—Sí, hija mía, di á mamá que no tengo de qué perdonarla.

La esposa, que como madre ha ido tras de su hija á ver si repite palabra por palabra lo que le ha dicho, y que ha permanecido escuchando al lado de la puerta, vuelve á aparecer ante su marido más tranquila que cuando se ha retirado.

IV.

Y ahora se verifica una escena muy diferente. La reconciliacion.

Es el iris tras la tormenta.

En esta ocasion cualquier palabra que diga la esposa es arriesgada, siempre está muy expuesta, si es la primera en hablar, á ofender el amor propio de su marido.

Dejemos que hable este:

—Oye, Luisa; he tenido un disgusto esta mañana, he regañado con un amigo por cuestion de interés,—por eso habrás notado que he venido algo incomodado.

En los hombres que en general son de genio dominante y altivo, el decir esto es mucho, es ya una disculpa indirecta. Que no exija más ninguna esposa en semejantes casos, si desea paz y tranquilidad en su casa.

—Sí, Manuel, dice ella, ya me ha parecido que venias algo disgustado de fuera; y la verdad, estaba con cuidado por si te habia sucedido alguna cosa peor; pero, en fin, más vale que haya sido eso solo; olvidalo, que de esos desengaños todos los días están sucediendo.

—Te digo que he estado á punto de comprometerme. A no ser por unos amigos....

—Vaya, hombre, no sé por qué os poneis así. Os llevais un mal rato.... Calma, hijo, calma, que si uno ha de vivir con algo de sosiego, necesita mucho en este mundo....

—Pero en algunos momentos.... no hay quien la tenga.

—Deja, hombre; tu padre y el mio tenían unos genios bien vivos, y á pesar de eso ya sabes tú que con la edad y la reflexion....

—Tienes razon; pero hay algunas personas con quienes no sirven consideraciones.

—Ya, pero á veces pagan unos por otros....

—Además, si tú te hubieras hallado en mi caso.... Ya sabes, Luisa, que es más fácil aconsejar....

—Nó, hombre. Ya que dices eso, te voy á dejar juzgar por tí mismo. ¿Qué hubiera conseguido yo esta

mañana contigo, si me hubiera puesto á desmentirte todas tus palabras? Nada seguramente, y sin embargo, ¡si vierás qué mal me hacias con ellas! Me he retirado á llorar por lo que tú acaso sin saber me has dicho.

—Tienes razon, tienes siempre razon, Luisa; y te agradezco en el alma ese dulce carácter, que al fin acabará por dulcificar el mio.

Y el marido termina abrazando á la madre y á la hija, que han devuelto la calma á su corazón y á su familia.

V.

Y bien, dirán algunas de nuestras lectoras casadas al llegar aquí: «Esto debe ser alguna escena de comedia ó algun capítulo de novela; porque lo que es á mi marido no se le pasan tan pronto.»

Y nosotros, previendo este escrúpulo, nos apresuramos á contestar:

—Es verdad, teneis muchísima razon; pero si en la vida real no les sucede esto así, abrigamos la probabilidad, por no decir la conviccion, de que las más veces teneis vosotras la culpa de ello.

Lectoras, no nos tacheis de parciales al echar sobre vosotras esa culpabilidad. Es porque esperamos sacar más fruto de vosotras que de vuestros maridos; es porque vosotras sois más dóciles, más cariñosas, más sensibles y teneis el poder de subyugar y ganar corazones con vuestra generosidad y vuestra ternura; es, finalmente, porque creemos más fácil que la esposa llegue á modificar con sus bellas prendas el carácter de su marido, que no que este domine el suyo solo por deferencia á su esposa.

Tened en cuenta además, que solo un buen deseo en favor de vuestra paz conyugal, tan frecuentemente interrumpida en general, nos anima al dirigiros estos cargos despues de nuestra anterior escena, y así nos disculpáreis si nos equivocamos.

No negamos que probablemente habrá muchas que creerán que para ellas es imposible el remedio, ó que ya llegan tarde; sin embargo, tal vez se equivoquen unas ú otras; además de que nunca es tarde para probar el bien.

Y sobre todo, apenas habrá marido que en medio de todas sus faltas no tenga un vacío, ni una esposa que no tenga una virtud, para por medio de aquel reducirle al buen camino.

Despues de esto, rogamos á todos nuestros lectores que dispensen esta polémica, cuyo principal objeto ha sido justificar de algun modo que nuestra escena anterior no ha sido meramente una escena de comedia ó un capítulo de novela.

Adios, señores y señoras.
Quiéranse VV. mucho como Dios manda, como conviene para la gloria del matrimonio.

LETRILLA.

*Siga la danza,
siga la gresca,
y vamos viendo
lo que se pesca.*

Don Emeterio, que es un babieca que de servicios dos años cuenta, cuando el Gobierno que nos gobierna feliz del mando tomó las riendas, por esas calles hecho una etcétera fué dando plácemes y enhorabuena, gastó en un día dos mil targetas, y á los ministros en las estrellas puso el pobrete de una manera, que parecia que era su abuela; mas viendo ahora ¡fortuna negra! que siendo el hombre de tales prendas solo le otorgan jaccion horrenda! dos mil duritos de haber, ya trueno, y chilla, y rabia, grita y vocea contra el Gobierno que nos gobierna. Por eso digo que en esta tierra no hay más política, lectores, que esta:

*Siga la danza,
siga la gresca,
y vamos viendo
lo que se pesca.*

Quando mandaba con tanta fuerza don Ramoncito, que Dios no quiera que en estos reinos á mandar vuelva, los que hoy nos mandan y nos gobiernan dijeron muchas verdades secas sobre el estado de nuestra Hacienda, pidieron muchas,

muchas y buenas economias que justas eran, clamaron contra la gente aquella que sin servicios y sin conciencia se repartia cuantas prebendas, cuantos destinos y cuantas brevas del presupuesto da la colmena; mas hoy que pueden hacer ya buenas sus intenciones y sus ideas, se han olvidado de todas ellas, y cada quisque tan solo piensa ver de qué modo más pronto medra, cantando siempre mi cantinela:

*Siga la danza,
siga la gresca,
y vamos viendo
lo que se pesca.*

Hablan los neos mal de la prensa, pónenla siempre de vuelta y media, y con don Cándido dicen que de ella los males vienen que se lamentan; á quien combate lo que ellos piensan quisieran ellos cortar la lengua; no hay un Gobierno que les convenga, si no nos manda dándonos leña; con las virtudes andan á vueltas, y tener suelen en la conciencia pecados gordos que nos demuestran el caso que hacen de todas ellas; rey absoluto quieren que venga, y mejor cuanto más tonto sea, para llevarle

por donde quieran; pero entretanto bien se aprovechan de la tribuna, y de la prensa, de las ventajas que da el sistema á que ellos hacen tan cruda guerra, sacan los cuartos, hacen protestas, y armar jaleo dicen que piensan, á ver si logran coger las riendas y á cuarto á todos poner las peras, cantando luego la cancion esta:

*Siga la danza,
siga la gresca,
y vamos viendo
lo que se pesca.*

En los partidos, nadie lo niega, hay hombres probos de buenas prendas que de la patria la dicha anhélan, y que fe tienen

en sus creencias, y esos son, llámense como se quiera, dignos de loa, de reverencia; más los mandones, los que vocean y se reparten todas las brevas y hacen les sirva la gente crédula, y sus principios solo se encierran en lograr pronto pingües riquezas, y unos á otros de vuelta y media se ponen solo por ver quién lleva la mejor parte de la colmena, esos son hombres que sin conciencia, miéntanles dura la vida buena, cantan, lectores, mi cantinela:

*Siga la danza,
siga la gresca,
y vamos viendo
lo que se pesca.*

MARIQUITA LA CRÉDULA.

(CUENTO MORAL.)

(Continuacion.)

III.

LOS MÓNSTRUOS.

Vió á través de las vidrieras del comedor unos espantosos seres, de los que no tenia la más remota idea. Eran de una estatura gigantesca, y sus pechos estaban cubiertos de brillante acero, y de la cabeza les caian por la espalda unos pelos muy largos.

Mariquita, toda temblando, fue á esconderse debajo de una escalera que desde el jardín conducia al piso superior, y desde el escondite oia perfectamente todo lo que hablaban aquellos incomprendibles y tremendos seres. Su voz era tan bronca, que Mariquita sentia helársele la sangre en las venas oyéndolo. A pesar de que el miedo que tenia era muy grande, repasaba en su memoria si habria leído en sus libros alguna descripcion de algun fantasma parecido á aquellos. Una palabra que dijo la posadera al pasar, le hizo conocer qué genticilla era aquella.

—No sé, exclamaba la posadera, cómo nos vamos á componer para dar á estos monstruos lo que piden.

Mariquita se quedó más helada de lo que estaba.—Son monstruos, exclamó; ¡qué va á ser de mí?

Y eran apuestos y bizarros coraceros, incapaces de hacer daño á las niñas, ni aun á las mujeres bonitas, ni á las feas, por supuesto, sino capaces de todo lo contrario.

Uno de ellos salió del comedor, y pasando cerca de la cocina, exclamó:—Buen olor de carne fresca hay por aqui. Ya hace mucho tiempo que no la probamos.

Mariquita, recordando aquellos terribles cuentos en que los ogros andaban siempre oliendo la carne fresca, no dudó ya que la carne que aquel condenado oia era su misma persona, y que en cuanto la descubriese se la iba á comer en un santiamén.

Pero el ogro se volvió al comedor, donde pronto se le pusola mesa á él y á sus compañeros; durante el banquete de los ogros, que fué muy largo, prestó atento oido á todo lo que dijeron, pero excepto algunas palabras, no podia entenderlos; pronunciaban grandes exclamaciones acompañadas de golpes en la mesa y risotadas, que la pobre chica no podia explicarse y que la causaban un miedo terrible.

En fin, la puerta de la calle se abrió, y un ogro de la misma especie, pero que parecia superior á los demás, llegó á preguntar á la posadera si habia visto una niña de estas y las otras señas, que debia haber venido con una criada poco ántes. Contestóle la posadera que en efecto habia llegado la criatura, pero que habiendo tenido que ir ella á la cocina y dejado á la muchacha en la sala, no sabia dónde se hallaba, ni si se habria marchado otra vez. Como el ogro mayor parecia muy inquieto é impaciente, todos los demás comenzaron á buscarla chica por todas partes con la mayor diligencia, en el pajar, en el gallinero, en la cuadra, hasta en el pozo.

Pronto, á pesar de que la pobre procuraba esconderse todo lo posible, gracias á los provocativos ramos del vestido, la descubrió uno de los ogros.

—Aquí está, mi capitán, aquí está, exclamó el ogro, que era el más feo de todos, cogiendo á Mariquita, que hacia grandes esfuerzos para desasirse y huir.—Pero muchacha, le decia el fantasma, ¿tienes miedo de que te coman?... Estas palabras acabaron de confirmar á Mariquita la certeza de sus temores, y exclamó la pobre:

—Por Dios, no me coma V. hoy, que acaba V. de almorzar.... Guárdeme V. para mañana....

No pudo continuar, porque el llanto la ahogaba; pero el soldado se reia grandemente.

—Mi capitán, dijo, presentándole la niña, la hija de V. S. piensa que nos la vamos á comer.

El padre abrazó y acarició tanto á la hija, que logró tranquilizarla muy pronto, porque no sabia ella que los ogros hiciesen tantas caricias á los chicos, sino que se los comian bonitamente con zapatos y todo.

IV.

LA INCREDLULIDAD.

Mariquita viajó durante algun tiempo con su padre, quien luego la puso en un colegio, y como en todas par-

tes se burlaban de la credulidad de la niña, esta acabó por convertirla en incredulidad completa.

En el colegio se refería a todo el mundo como un caso extraordinario el hecho de haber tomado la inocente muchacha por un ogro a su pobre padre, y como una extravagancia el empeño que había tenido en hablar con un perro con la mayor formalidad del mundo, y no se omitían otras mil inocentadas en que su ignorancia la había hecho incurrir. Con estas y otras burlas, la pobre chica se convenció al fin de que la credulidad era una cosa ridícula, y dió en el defecto contrario; dudó de todo, y le parecieron problemáticas por lo menos las verdades más positivas, y este nuevo error le ocasionó más peligros y desgracias que la credulidad.

Este defecto hizo al principio que todo el mundo se divertiera grandemente con ella. Lo mismo que causaba risa su facilidad en creer las cosas más absurdas, así divertía luego su tenacidad en negar las más palpables y visibles.

—Planta ese hueso de cereza y nacerán muchas cerezas, le decían: las conchas se forman en el agua, y nadie las hace, u otra cosa igualmente sabida.

Mariquita se encogía de hombros y contestaba:

—Ahora ya no os habeis de reir de mí haciéndome creer esas mentiras.

Si una señora le decía:

—Tú vas á ser tan alta como yo: ¡verás en llegando á los quince años que estiron das!... la inocente exclamaba:

—¡Yo alta! ¡por supuesto! yo seré siempre como soy ahora.

La tonta no creía que las personas crecen; creía que eran como los pájaros, que los hay grandes y chicos, y por consiguiente que los niños siempre eran niños, lo mismo que los colibris, que siempre son pequeños.

Un día fueron albañiles á hacer una tapia en el jardín, y llenaron de cal un espacio del mismo jardín.

—Cuidado, niña, dijeron á Mariquita, que á algunos pasos de allí estaba regando flores, no echas agua en la cal, que te vas á abrasar viva.

—Pero si es agua fria, contestó, ¿cómo he de abrasarme con agua fria?

Persuadida de que querían burlarse de su credulidad, regó las plantas, y luego echó agua en la cal, y con la mayor tranquilidad se puso á cogerla con las manos.

Pero en el mismo instante dió horribles gritos, porque como le habían asegurado los albañiles, se había abrasado las manos.

Su padre la llevó poco tiempo despues á un puerto de mar, donde acababa de morir un tío suyo, de quien había heredado una casa situada precisamente cerca de la playa. Mariquita, que estaba oyendo continuamente hablar de la muerte de su tío, preguntó un día á un marinero qué cosa era morir.

El marinero le contestó que morir se era lo más fácil, porque el hombre era un reloj, que en cuanto se le acababa la cuerda se moría.

Por la noche, la infeliz fué toda llena de susto y anegada en lágrimas á decir á su padre que un reloj de pared que estaba en el comedor acababa de morir.

En efecto, la péndola del reloj se había detenido por falta de cuerda.

Nada podía ser tan perjudicial para Mariquita como aquel criterio falso, aquellas creencias y aquellas dudas tan injustificadas unas como otras. ¿Cómo se podría enseñar la religion á aquella joven, alma candorosa y desconfiada á la par? ¿cómo hacerla adorar misterios sublimes que no podría comprender? porque es profanar un misterio quererlo explicar; y ¿qué sería de ella si dudaba de la religion, si no creía en Dios? ¿qué sería de ella sin amar á Dios, sin poder dirigirle oraciones ni pedirle consuelo y fortaleza en las adversidades?

V.

LA MAREA.

Es una triste verdad, pero el único remedio de nuestros defectos está siempre en los males que esos defectos nos proporcionan. Nuestro corazon corrige nuestro entendimiento; es preciso que nuestros defectos le hagan sufrir cruelmente para que los reconozcamos y los abandonemos luego. Esto mismo que os digo os lo probaré al fin de la historia que os refiero.

La imaginacion de Mariquita, extraviada por lecturas mal comprendidas, y no dirigida por nadie en sus primeras impresiones, despues de haber dado completo crédito á maravillas imposibles, había acabado por considerarse como otras tantas fábulas todo cuanto se le decía de los prodigios de la naturaleza.

Su padre, para que no fuese á jugar á la orilla del mar á la hora de la marea, la decía cien veces:

—Tú no sabes nadar, y si caes en el agua te ahogará sin remedio.

—No lo creas, contestaba; si me encuentro en el agua y sin poder salir, me convierto en un instante en merluza.

Su padre se reía oyendo esta respuesta, pero cada vez estaba más inquieto.

Un día que el pobre padre estaba ausente, Mariquita fué á buscar á un chichuelo con quien jugaba todos los días.

—Mira, le dijo, vamos á coger en la playa conchas y caracoles; trae una cesta y verás cuántas traemos.

—Bueno, dijo el chico, pero mira que tenemos que cogerlas antes de que venga la marea, porque si viene y nos coge no vamos á poder salir del agua.

Corrieron ambos á la playa, llenaron en poco tiempo

de conchas y caracoles una cesta, y una hora haría que se hallaban allí, cuando el muchacho exclamó:

—Vámonos, Mariquita, que pronto va á venir la marea.

—¿Qué marea ni qué mareo! dijo la chica sin moverse y siguiendo en su tarea de recoger conchas.... Y vamos á ver, ¿qué cosa es la marea que tanto miedo te da?

—¡Tóma! contestó el chico, es que el mar que está allí abajo viene aquí subiendo subiendo hasta esta roca, y no se puede estar aquí, porque al que lo coge lo ahoga sin remedio; y luego por la mañana la marea se va, baja hasta allí y allí se está quietecita hasta que vuelve á subir.

—¿Y tú crees todas esas tonterías? preguntó Mariquita despues de oír aquella sencilla y verdadera explicacion.

—¿Pues no he de creer? Como que todo es verdad.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—¡Tóma! mi padre.

—A mí me lo dice tambien papá; pero ¿sabes por qué nos lo dicen? porque no quieren que bajemos á jugar aquí y que nos caigamos en el agua; tambien me decían á mí antes que á las niñas que se paseaban de noche por los jardines se las comía el coco, y era porque no querían que bajase al jardín y me constipase. A ti y á mí nos tratan todavía como á niños y nos dicen esos cuentos que ya no debemos creer.

—Pues todo el mundo habla de la marea....

—Ya lo creo, y todo el mundo habla tambien del coco; y á ver ¿quién lo ha visto? ¡Bah! chico, no creas esas mentiras; tambien yo tenía miedo de que me comieran los gigantes, y de convertirme en gata con un rabo muy largo, y de ver salir de mi boca cuando me incomodaba sapos y culebras, porque antes siempre me estaban asustando con esas cosas para reirse de mí, pero lo que es ya....

—¡Ay! exclamó el chico asustado, interrumpiéndola, mira, mira!... ¡por allí!... ¡vámonos!

Mariquita, ocupada en recoger conchas, volvía la espalda al mar.

—Déjame y vete si quieres, le dijo, que yo no me voy dejando aquí estas conchitas para que las coja otro.

Pero al decir estas palabras volvió la cabeza, porque acababa de oír un ruido singular desconocido para ella. ¿Cuál sería su terror viendo que el mar había subido ya hasta el sitio donde ella se hallaba! la cesta con las conchas había desaparecido en las ondas, que avanzaban cada vez con más rapidez y más horroroso estrépito.

—¡Huyamos! ¡huyamos! exclamó el pobre chico. Ya ves que mi padre tenía razon.

Los dos echaron á correr con toda la velocidad del miedo, pero sus piés no podían andar tan ligeros como el mar, enemigo implacable que los perseguía cada vez más de cerca.

LA VENTA DEL POBRE.

CUENTO QUE SERA AL FIN CUENTA, Ó SEA HISTORIA INGLESA MUY ESPAÑOLA.

(Continuacion.)

III.

De allí á poco volvió el pobre con soluciones completas para su plan de gobierno.

—Todo, dijo el muy falaz, todo lo arregla el dinero: ya estaba el hombre en la cama, y no había medio de hacerle abandonar el nido; pero así que vió relucir la plata, empezó á entrar en razon, y aunque se vendió muy caro, al fin se fué al pajar.

—¿Mi tener alcoba? interrogó el inglés.

—Alcoba y comedor, sala y antisala, todo en una pieza para tenerlo todo más á mano, usía ilustrísima.

—¡What joy!

—A ver, muchacha, y tú y tú. las tres, dijo imperiosamente el ventero dirigiéndose á sus hijas, á ver cómo arreglais aquel cuarto barriéndolo y sahumiéndolo en un santiamén. Os encargo que la cama....

—Respítive á cama, interrumpió la mejor moza, no tiene osté na que icir: eso quea á mi cuidao. Un crater, dos corchones, tres armuhás, cuatro sabanas y....

—Y cinco mantas, añadió el socarron del Pobre sin perder su seriedad.

Despues cambió con ellas algunas palabras en inglés, que no entendió Mister Smit con ser del mismo London, y acercándose al hogar donde el honorable gentleman, dejando el agua sobrante, entabló con él relaciones de amistad, mientras que las tres niñas silvestres arreglaban (*respítive*) la sala y la antisala, la alcoba y el comedor, todo en una pieza, para que el inglés lo tuviera todo más á mano.

A las primeras de cambio supo el ventero cómo se llamaba el inglés, de dónde venía y adónde bueno iba: el vulgo español y la aristocracia china tienen en punto á urbanidad las mismas conveniencias ó inconveniencias, y el Pobre por lo vulgar, si no por lo chino, solo omitió la pregunta de la edad, pero la substituyó con otra más importante.

—¿Tener muchos pesos duros? le preguntó, en lugar de muchos años.

—Mochos, contestó simplemente el honorable Smit.

Y como manifestara luego su deseo de que lo guiara una persona de confianza á Cuevas de Vera, el gran pueblo minero de la provincia, el Pobre puso á sus órdenes á uno de sus hijos, tomando á buena cuenta cinco duros y dejando á crédito otros cinco, que á cuenta mala había de cobrar su hijo.

A la media hora avisaron las buenas mozas estar ya la habitacion barrida y sahumada, y con esto Mr. Smit dejó la lumbre y fué á tomar posesion de su alcoba, seguido del Pobre, que á fuer de buen criado, anhelaba la honra de servirlo.

Dentro del cuarto estaba el bueno del inglés, y aun preguntaba por la alcoba; pero satisfecho completa-

mente por el Pobre con las razones susodichas y otras no menos *susodichas*, aceptó de buen grado lo que había, porque al fin siempre era mejor aquella cuadra que no el pajar ó la *cusina*.

Y ya instalado, consultó su reloj, y exclamó:

—¡Good God! ¡Las cinco y veinte no más! Hasta las seis de la mañana, doce horas y media de dormir. ¡Imposible! Mi querer desperto hasta las diez.

—Pues no hay más que no dormir, le aconsejó el ventero.

—¿Mi querer venir caballerros.

—¿Qué caballerros? ¡Ah! ¡los de las otras alcobas?

—Yes.

—Si están ya en siete sueños.

—¡Hush! Venir señoras.

—¡Hush! Se acostaron tambien con ellos.

—¡O sad!

—Y eso es lo que usía debe hacer tambien.

—¿Acostarme con ellos?

—¡Hombre, nó!

—¿Con ellas?

—No digo eso. Digo que debe osté acostarse en su alcoba solo, serrado, con objeto de descansar.

—¿Dece horas y media? ¡Imposible! Mi querer gente of sociability.

—Pos lo que es gente sociabilitis, no hay en pié más que mis hijas.

—¿Mi querer hijas.

—No se ha hecho la miel para la boca.... de los ingleses.

—¡Eh!

—Digo que eso luego: ahora van á *complimentarle* la cena. ¿O no quiere ucencia cenar?

—Yes.

—Pos eso es lo primero.

—¿Mi tener mocha hunger.

—¡Hunger es gazuza? interrogó el ventero con expresion mimica.

—Yes.

—Pos pida osté por esa boca. ¿Qué apetece usía?

—¿Qué haber?

Quando camino de Zaragoza en su caballería andante, Sancho preguntó lo mismo á su ventero, el ventero contestó gallardamente que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los peces del mar estaba proveida aquella venta, no teniendo más que dos uñas de vaca que parecían uñas de ternera, ó dos uñas de ternera que parecían manos de vaca.

Tal así, porque todos los venteros se parecen, contestó el Pobre al inglés, diciendo que de cuanto cria la tierra y el agua y el aire había siempre en su venta abundantes provisiones.

—¿Mi apetece galineas, dijo el inglés.

—¡Ay señon Miz de mi alma! contestó el ventero. Si llega osté un poco antes, tiene usía á su disposicion un corral lleno; pero ya no quea ni un *volantil*... los caballerros se las cenaron toíticas, inclusivie con el gallo. Pero exeuto aves de pluma, no tiene usía más que pedir.

—¿Mi pedir tusino de jamon.

—¡Por via de Dios! Jasta el rabo del marrano se co-

mieron las señoras, y no quea ya cosa de tusino; pero fuera de pringue, pida usía to lo que quiera.

—¿Mi querer liebre guisado.

—¡Mal rayo en esos huéspes! Paece que adivinaban lo que iba á pedir usía ilustrísima, pa no dejarle ni un hueso que roer. ¡Y la liebre que se comieron era pequeña! así de grande era, y perdone osté la moa é señalar.

Y el ventero señaló á la altura del inglés sentado, con cuya *moa é señalar* resultaba una liebre tan grande como un burro.

Despues añadió el estribillo:

—Pero salva la parte, usía no tiene más que pedir, y ya verá cómo se le llena la boca.

—¿Mi querer pesca.

—Lo que es pesca, en jamás falta en mi casa, solo que tiene mucha sal.

—¿Por qué?

—Porque.... ¿O es caso que en Ingalaterra está dulce el bacalao?

—¡Nothing! ¡nothing! Bacalao nó.

—Pos pida usía lo que guste.

—¿Mi pedir queso de Flandes.

—¡Boto á brios! Pos tambien se lo jamaron esos hambrones y hambronas.

—¡Encore! ¡encore! ¡Fié! ¡Entónses no haber nothing de comer!

—Hay bacalao.

—Bacalao nó!

—Y arroz.

—Arros nó!

—Y aluvias.

—¡Lluvias nó, nó, nó! ¡The deuce take it!

—¿Pero tiene usía guierro?

—¿Qué ser guierro?

—Plata.

—¿Dinero?

—Yes.

—Mochó dinerro.

—Pos con dinerro, y más si es mocho, no se quea naide sin cenar, aunque sea en Ingalaterra, cuanto y menos en España y en la venta del Probe. Aquí no hay más que lo nesezario pa los españoles transtantes; pero hay jasta lo supérfulo pa los transtantes ingleses, si no aquí, en los pueblos circuevecinos.

—¿Pronto?

—¡O! Por eso no hay cuidao: pa estos casos de honor tengo yo siempre un jaco ensillao, y lo que es mi jaco se las apuesta en andaura con un perro-carril.

—¡What joy!

—Carillo si será, porque hay mucho que andar, y el tiempo está endiablaio, y... Pero, en fia, el dinerro paga.

—Justhy!

—Juyo, pues.

El Pobre salió con gran premura llamando á voces á sus hijos para cohonestar su chusca, eso sí, pero desvergonzada mistificacion; y el inglés sacó su cartera, y haciendo apuntes y diseños, entretuvo el hambre, que como él mismo dijo, no era poca, sino mocha.

(Se continuará.)

Sus piés se hundían en la arena húmeda; el agua comenzaba á hacer más pesados sus vestidos, y ya no podían correr fácilmente. Rendida de fatiga Mariquita, cayó sobre la arena; el chico, que corría más ligero que ella y se hallaba ya á bastante distancia, viéndola en tan grave apuro, volvió para ayudarla á levantar. Y cuando la hubo levantado, en vez de correr como ántes, tuvo que sostenerla y llevarla casi en sus brazos, con lo que tenía que andar más despacio de lo que convenía en el momento de tan gran peligro.

Muy pronto fueron inútiles todos sus esfuerzos: las olas avanzaban con asombrosa rapidez; ya no andaban por la arena los pobres chicos, ya el agua les llegaba á la cintura, y las olas eran tan fuertes, que era cosa imposible luchar con ellas.

Los dos chicos gritaban desesperadamente:—¡So-corro! ¡so-corro! pero nadie respondía á su voz. Por fin un marino, alma buena y sensible, los vió, y á pesar del gran peligro, resolvió salvarlos. Corrió á ellos, saltando de roca en roca, y llegó cerca de Mariquita en el momento en que derribada por las olas, se había desmayado. Ella fué la primera á quien salvó, porque recordó que el padre de la niña le había hecho grandes favores en varias ocasiones.

Apénas la dejó en sitio seguro, volvió al mar á buscar al chico, pero ¡ay! era muy tarde; las olas le habían llevado muy lejos; buscó por todas partes, estuvo expuesto el buen hombre á morir cien veces, y al fin con mil trabajos tuvo que volver sin haber conseguido cumplir su caritativo humanitario propósito.

Mariquita sintió tanto haber causado la muerte de su generoso compañero, que cayó enferma y estuvo mucho tiempo en peligro de muerte.

—¡Si yo hubiese oído su consejo, se decía siempre, aun vivría el pobre y los dos seríamos felices!

Y cada vez que veía á la madre de aquella pobre criatura, Mariquita se escondía, porque el dolor de la infeliz madre era para ella horrible recordamiento, y no podía Mariquita ver aquellos tristes ojos que con sus miradas parecían decirle:

—¿Qué has hecho de mi hijo?

Este cuento nos enseña que es preciso saber no solamente leer bien, sino comprender bien lo que se lee, y que podemos y debemos creer ciegamente lo que nos dicen nuestros maestros, que no tienen interés alguno en engañarnos; pero que debemos por el contrario desconfiar de los novelistas y los poetas, cuyo oficio es inventar bonitas mentiras para entretenernos, pero de ningún modo para que las creamos como artículo de fé y hagamos de ellas aplicacion práctica en la vida real.

CASCABELES.

Extrañan los impacientes que el respetable ministro é inteligente estadista señor Alonso Martínez, siga aun estudiando su plan de Hacienda, sin decir esta boca es mía. No hay que extrañar el retardo, señores impacientes; pues si bien es suya la boca del señor Alonso Martínez, no así como quiera se aprende una ciencia de que no se sabe una palabra, como confesó modestamente el mismo señor ministro (antes de serlo). Ya parirá, y no hembra, al cumplir su gestacion; que una entidad política de la importancia del señor Alonso, no se mete á ministro solo por el gusto de serlo. Cada cosa en su tiempo y los nabos en Adviento, y la Hacienda siempre caminando á su acabamiento. (Largo me ha salido este verso.)

Los periódicos de oposicion intransigente, injustos hasta el escándalo con el Gobierno que felizmente nos rige, tienen la incalificable audacia de decir y mantener publicamente que la señora de los pensamientos del ministro andante, don Alonso, está rematadamente tísica. ¡Cállense los deslenguados malandrines, calumniantes de la sin par doña Hacienda del don Alonso! donde no, ya sois con él en desigual batalla. ¡Mal año si fuera eso cierto! pero dijistes lo incierto. Verdad es que está un tantico flaca y desmarrada la su señora por desaguisados y entuertos de los follones que osados fueron de amalla más aina; empero no lo es ménos que á la hora de agora por desfechos y enderezados pueden darse todos y cada uno dellos.

Solucion del geroglífico del número anterior.

Los tiranos temen á los historiadores, como los ladrones á los jueces.

Se ha comenzado á publicar un nuevo journal que se titula *El Internacional*, y está escrito en francáis y en español. Deseamos al nouveau journal muchísimos abonnés espagnols et franceses. Adien, monsieur. Portez vous bien. Beso á V. la mano. Au revoir. Para servir á V.

Solucion de la charadita del número anterior.

REMITIDA.

Con tu charadita di cuando el domingo la vi, porque soy un caballero que estoy en el *Saladero* (1).

El señor Fernandez de la Hoz ha renunciado un sueldo ó gratificacion.

Aplaudimos esta renuncia.

¿A que no se pican los altos empleados y hacen lo propio?

(4)

Lo siento, pero sospecho que algo malo habrá V. hecho.

Se van á publicar dos periódicos, titulados *El Pabellon Real* y *la Dinastía*.

Muchos somos ya; pero, en fin, así ganarán las fábricas de papel.

Tiene mucha gracia, y merece buena suerte, el periódico que, titulado *Un tros de paper*, se publica en catalán en Barcelona. Los redactores de este periódico han logrado hacer una publicacion festiva sin apelar al pobrísimo recurso de los insultos y las desvergüenzas.

Dicen los periódicos que los empleados cesantes que viven como pueden en Madrid, tratan de dar sus votos para diputado á quien se comprometa á sostener en el Congreso el planteamiento de una buena ley de empleados.

Pues esa pequeñez se la ofrecerán todos los candidatos. Luego la cumplirán ó nó; y si la cumplen y se hace la ley, será como si no se hubiera hecho, porque aquí, allá van leyes do quieren ministros.

¡Yo no sé cómo hay todavía inocentes!

El administrador de correos de Úbeda ha sido declarado cesante á los diez y nueve años de hallarse desempeñando ese empleo.

¡Diez y nueve años de administrador de Correos!

Con haber fundado un periódico y dicho en él durante unos cuantos meses piropos á los ministros, ya hubiera sido Director de Correos, y de Beneficencia, y de Sanidad, y de Presidios.

La novia, ó algo más, de un caballero de industria que se hallaba en la cárcel, fué á ver á un abogado, con objeto de que se encargara de la defensa de aquel, y le dijo:

—Si lo saca V. S. con bien, señor *abogao*, el primer reló que caiga en sus manos ha de ser para V. S.

Charadita.

La primera es una letra que los que no van á pié usan mucho, y con el uso la olvidan alguna vez; terciá y segunda la coge quien se aficiona á beber; por coger cuarta y segunda se moja alguno los piés, y un cuarta y terciá muy lindo le compré á mi novio ayer, y es lo que Alonso Martínez parece no entiende bien; segunda y quinta en la mar hace siempre todo pez, hasta que logran pescarlo y se regalan con él; tercera y cuarta es un pueblo, y es apellido y mujer; terciá y quinta es la reina que tiene más honra y prez, y con la que los demócratas en su vida han de poder; primera y cuarta en el campo poblada ó seca la ves; y terciá, cuarta y quinta tendrás que pagar muy bien si vives en esta corte, donde todo caro es; y el todo estoy hace tiempo con muy poca suerte á fé.

Los periódicos nos han dado estos dias la edificante noticia de haber abandonado á su esposa con hijos menores un señor que se ha marchado al extranjero.

Estos vergonzosos hechos, que pertenecen exclusivamente á la vida privada, no deben publicarse en los periódicos. Ya en otra ocasion, con motivo de cierto escándalo entre dos esposos, dijimos lo conveniente acerca de esta intemperancia noticiara, y vemos con mucho gusto que *La Soberanía nacional* combate tambien enérgicamente ese prurito de dar noticias de ese género.

Esas miserias de la sociedad deben ocultarse cuidadosamente por decoro de todos.

¿Qué *diferencia* hay, me digo yo entre *si mismo*, del gabinete O'Donnell al gabinete Narvaez? Siendo el uno *pan-liberal* y el otro *pan-conservador*, la *diferencia*, segun nuestro leal saber y entender, no consiste siquiera en el pan, sino... en los que se lo comen. Pues vamos comiendo.

El ministro de Estado, señor Bermudez de Castro, pasando por encima de una gran repugnancia, como tan modesto y delicado, ha hecho en bien de la patria el gran sacrificio de nombrar embajadores á sus dos hermanos. Y uno de estos, el príncipe de Santa Lucia, que obtuvo este pomposo título por la gracia de Dios y de Francisco II, á cuyo destronado monarca acompañó en su destierro con carácter diplomático y adhesión de súbdito; el príncipe de Francisco II ha hecho tambien el no ménos penoso sacrificio de aceptar una embajada de manos de un gobierno que acaba de sancionar el destronamiento de aquel rey, y lo que es más todavía, cerca de Napoleon, que aun en su destierro lo persigue.

Esto oimos el otro dia en la estacion del Norte. —Diga V., ¿á qué hora sale el tren de las siete y cuarenta y cinco?

—A las ocho ménos cuarto, caballero. —Pero, hombre, todos los dias están VV. variando la hora de salida de los trenes.

Siguen los ministros de la Union paseándose en los coches de sus predecesores, es decir, en nuestros coches, como si en la oposicion no hubieran abogado por esta economia. *¿Cur tan varie*, señores pan...cistas? Porque una cosa es la oposicion, y el poder es otra cosa. Adelante con los faroles, digo, con los coches, que lo demás es andar á gatas, como dijo el otro.

Diálogo.—¿No sería mejor irnos á Italia por tierra? —Nó; si esa península es una isla rodeada por todas partes de agua.

—¡Conque es preciso embarcarnos! —No hay otro remedio. —Pero... ¿No te mareas tú? —¡Cá! ¿No ves que he sido ministro de Marina?

Al señor Hazañas le ha tocado otra vez la lotería. Ya estará rico el señor Hazañas.

Apólogo.—Un zorro viejo iba de caza, y no habiéndola encontrado en todo el dia, tenía una *sed* que se moría de hambre. Llegó al oscurecer á una altura, desde donde descubrió un rebano que se retiraba ya al aprisco, y se detuvo á estudiar su plan de ataque.—¡Malo! dijo muy luego al ver un mastin delante y otro atrás. Pero pasándose la mano (la garra sería) por la frente, como quien acariciara una idea, corrió á tomar posicion más ventajosa, y oculto entre unas breñas, comenzó á llamar muy tiernamente, remedando á las mil maravillas el balido de un cordero.

—¡Ven!... ¡Ven!... ¡Ven! repetía.

—¡Va!... ¡Va!... ¡Va! le respondieron.

Y en efecto, un corderillo, engañado por la voz, semejante en un todo á la de un su amigo á quien buscaba, y sin tomar consejo de los duchos perros, tomó carrera y fué.

No bien llegó á las breñas, cuando se arrepintió de su ligereza, aunque muy tarde, como quiera que estaba ya entre las garras del zorro.

—¡Por qué fingiste, preguntaba afligido á su opresor, la voz de la amistad?

—Porque era el gran medio de hacerte venir donde mejor te devore.

—Perdóname y seré tu amigo.

—¡Cá! No quiero yo amistades de corderos.

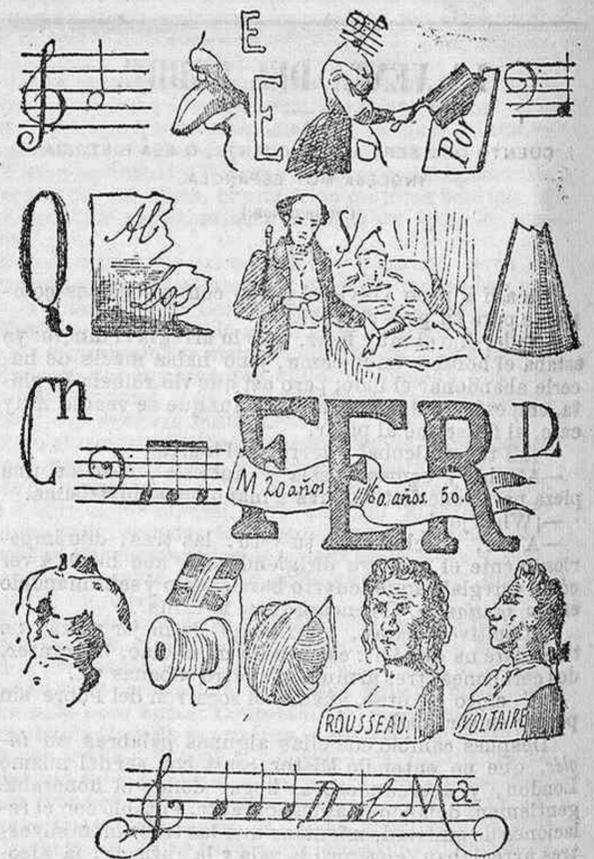
—¿Por qué?

—Porque yo soy zorro viejo.

Y sin cargo de conciencia se lo ingurgitó.

Cada cual puede hacer de este apólogo cuantas aplicaciones tenga por conveniente.—Nosotros no tenemos tiempo de hacerlas.

Geroglífico.



ANUNCIOS.

Don Benigno Gutierrez, agente de negocios del Colegio de esta corte, se ha trasladado á la calle del Conde de Barajas, núm. 2, entresuelo, esquina á Puerta Cerrada.

Los Evangelios.—Exámen y refutacion del racionalismo alemán, con relacion á la integridad y autenticidad de los cuatro Evangelios canónicos, etc.—Obra escrita en contestacion á las publicadas por Mr. Renan en 1863, y por Strauss en 1864, por don M. B. H., con licencia de la autoridad eclesiástica.—Obra recomendada por el Excmo. Sr. Cardenal arzobispo de Toledo.

El primer cuaderno se halla de venta al precio de 14 reales en la librería de don A. Durán, Carrera de San Gerónimo, 2, á donde se dirigirán los pedidos, ó al Administrador de la obra, calle de Hortaleza, 30, 2.º, incluyendo su importe en libranzas de fácil cobro. Si se hace solo en sellos de correos, es necesario certificar las cartas, porque de otro modo no solo se extravían los sellos, sino tambien las cartas.

Por lo contenido en este número, **F. Perezguz.**

Editor responsable, **D. Diego Mendiz.**

MADRID: 1865.—Imprenta de **El Cascabel**, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.